

Leg 9 cruidemmo 1

~~nº 118~~

Cruzadas, su espíritu

163

modificaciones é infl.^o en la civiliz^o

UVA. BHSC. LEG.09-1 nº0763

Kr.

LD

UVA. BHSC. LEG.09-1 n°0763

DISCURSO

LEIDO

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

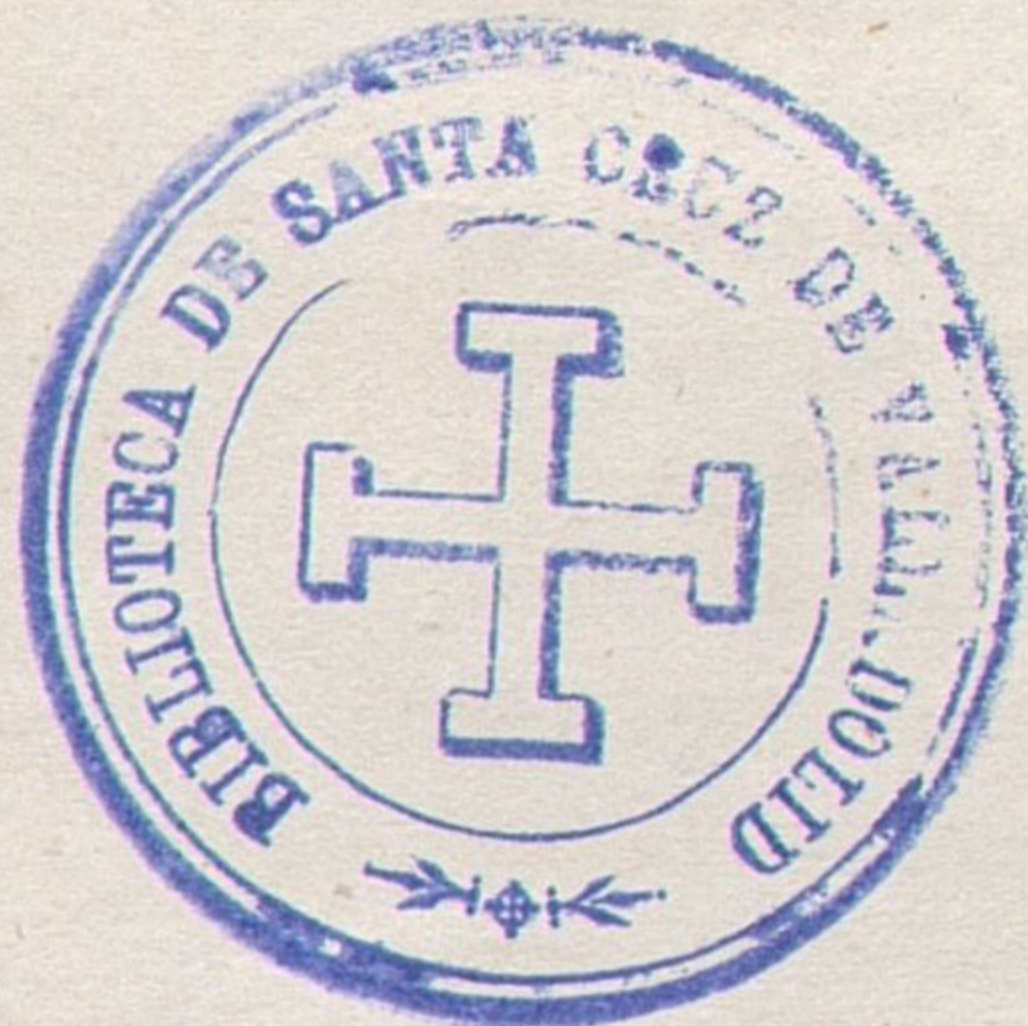
FOR

D. M. DE GONGORA MARTINEZ,

EN EL ACTO SOLEMNE

DE RECIBIR LA INVESTIDURA DE DOCTOR

EN LA FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS



UVA. BHSC. LEG.09-1 n°0763

MADRID.

IMPRESA DE LUIS BELTRAN, SACRAMENTO, 10.

1860.

HTCA

U/Bc LEG 9-1 n°763



1>0 0 0 0 2 9 4 5 8 1

UVA. BHSC. LEG.09-1 n°0763

EXCMO. É ILMO. SEÑOR :

En medio de los temores que levanta en mi espíritu la comparacion de la honra que voy á alcanzar en este recinto de la ciencia, con lo escaso de mis merecimientos, tiendo las miradas alrededor, y no puedo menos de cobrar algun ánimo al encontrar la espresion de la benevolencia, tan propia y tan característica de la verdadera sabiduría; al hallar entre las personas que me honran, asistiendo á este solemne acto, mas de un rostro amigo; y al considerar que me oirán todos con pocas exigencias, conociendo las circunstancias en que escribo este discurso, circunstancias que, ejerciendo presion en mi entendimiento, impiden que reuna sus escasas fuerzas para que intente corresponder á la importancia del puesto que hoy ocupo, sin invocar mas que la indulgencia al desarrollar las ideas que he podido apresuradamente reunir acerca del **ESPIRITU Y HECHOS GENERALES DETERMINANTES DE LAS CRUZADAS: MODIFICACIONES DE AQUEL ESPÍRITU DESDE LA PRIMERA CRUZADA Á LAS ÚLTIMAS, É INFLUENCIA DE ESTE HECHO HISTÓRICO EN LA CIVILIZACION.**

:

I.

Después de la invasión de los bárbaros era preciso que tuviera lugar un suceso el cual reuniera tantos elementos desconocidos y dispersos, siquiera para que las diversas familias humanas se dieran las manos antes de apartarse para siempre, en cumplimiento de los fines de la humanidad en la historia.

Por eso vemos que, á pesar de que Carlo Magno agrupa alrededor de su trono tantos pueblos distintos, y que la unidad del imperio germánico es como el preludio de la unidad de las sociedades modernas; á pesar de que bajo el hijo de Pipino cesa la vida errante de los europeos; de que á la sombra de su autoridad florece la cultura; de que al Septentrion se libran los pueblos de nuevas invasiones: de que por el Este y por el Sur son rechazados los bárbaros, Carlo Magno no trasmite el poder á sus sucesores; que su autoridad, lo mismo que la de Alejandro, es puramente personal.

Ni el imperio de este grande hombre es un hecho casual y sin consecuencia en la historia: por el contrario, es el ancla que fija el bagel de la barbarie, la Señalar en que se juntan los pueblos para conocerse un dia, antes de separarse á fundar nacionalidades apoyadas en los límites que señala la geografía, en los linderos marcados por la naturaleza, en la diferencia de lenguas.

Y no es esto creer que dejaran de desarrollarse los gérmenes esparcidos por Carlo Magno: crecieron y se desarrollaron, es verdad, pero en distinta dirección de la que pudo imaginar el conquistador franco. Con efecto, quiso este la unidad, y la unidad fué como la sombra de su cuerpo, que desapareció al caer Cárlos en su lecho de agonía: corrió

constantemente tras la paz de la Iglesia y del Imperio, y de sus esfuerzos sobrevino la lucha á muerte entre ambas potestades: para fortalecer á la Iglesia y á sus Estados concedió privilegios á clérigos y á legos, y estos privilegios se hicieron universales y hereditarios entre el Imperio y la Iglesia.

Estudiando la historia durante las invasiones, asistimos al espectáculo de la humanidad corriendo tras de lo desconocido; y siguiendo este largo y azaroso viaje, podemos considerar el reinado de Carlo Magno como una transición entre la barbarie y el feudalismo.

Así vemos, á pesar de los grandes hombres que brillaron en las dinastías sucesoras del hijo de Pipino, que las fuentes de la grandeza del imperio son en verdad la causa de su ruina.

Cárlos ensancha su esfera de actividad en Italia, y protege á la Santa Sede; y sin embargo, en Italia no alcanza mas que guerras estériles y ruinosas, la imitación de una cultura extraña, y la larga y desdichada cuestión de las investiduras.

Y era, que á pesar de todo, la representación del progreso y de la unidad, que es la aspiración de la gran familia humana, huía ya de la espada de los conquistadores, que solo puede dar la unidad de la fuerza, y los pueblos se agrupaban bajo un poder que habia de producir la unidad de los espíritus.

Entonces sobrevienen hambres y epidemias espantosas, que hacen á todos desear la muerte, de donde proviene la general creencia de que el fin del mundo llegaria al terminar el siglo décimo.

Pero, contra la general preocupación, pasa el año de mil tan temido, y aquella universal creencia, engrandeciendo á la Iglesia en la parte material, contribuye á que todos se agrupen alrededor de ella como única esperanza en la proximidad del juicio final, y la Iglesia entretanto se en-

carga de defender las fronteras, haciendo imposibles nuevas irrupciones de la barbarie con el establecimiento del Cristianismo en las regiones mas lejanas, llevando á todas partes ideas nuevas de humanidad, y vinculando la unidad en el Cristianismo.

Entretanto los sucesores de Mahoma avanzan por el Oriente y amenazan sin tregua al Occidente con los progresos de sus armas; pero de hoy mas un poder nuevo representará al Occidente en esa gran lucha. Así se justifica la preponderancia de la autoridad de los sucesores de San Pedro; de los que representaban entonces fielmente los deseos y las aspiraciones de la humanidad.—Siguiendo el curso de la historia en la segunda mitad de la edad media, vemos predominar en ella el sentimiento religioso, que naturalmente se fijó en las reliquias de los Santos y en los lugares donde se habia realizado la grande obra de la redencion del género humano.

En medio de este necesario amor no podia quedar olvidado el Sepulcro de Jesucristo, y así es que desde los primeros tiempos de la edad cristiana vemos acudir á él á los hijos del Evangelio, convirtiéndose estas peregrinaciones en una verdadera necesidad para el Occidente, pues que allí iban los cristianos á engrandecer su espíritu ó á cumplir las penitencias que se les habian impuesto para expiar sus pecados.

Pero, como ya hemos indicado, de entre la confusion política y religiosa del Asia habia salido un hombre que haciendo servir á sus propósitos las pasiones mas violentas, fundó una nueva religion y un nuevo imperio, que amenazó en breve con sus progresos á la Europa, cayendo al cabo Jerusalem en manos de Omar. Sin embargo, mientras vivió este califa era tolerable la suerte de los cristianos en la Tierra Santa; pero á su muerte ^{UVA BHSC AEG 09:1 n° 763} sufrieron todo género de padecimientos, sin que á pesar de ello se entibiara el ardor por las peregrinaciones.

Con la ruina de la dinastía de los Abasidas cobraron aliento los cristianos que acometieron algunas empresas felices, aunque muy en breve los islamitas recobraron todo lo perdido.

Los fieles, sin embargo, lograron algunos dias de paz bajo los Fatimitas, cesando la tregua en el reinado de Halken, que les hizo sentir los efectos de su arrebatado fanatismo, hasta que por muerte de este, Daher permitió á los cristianos reedificar la iglesia fundada por Constantino sobre el sepulcro del Redentor.

La invasion de los turcos, dando al Oriente nuevos dueños, habia de dar tambien á los cristianos de la Tierra Santa nuevos opresores. Mas esa inmensa muchedumbre de enemigos de la Cruz no encontraba indiferente á la Europa. Ecos del dolor universal, Gregorio VII y Victor III hicieron oír la voz de las Cruzadas; pero el primero de estos Pontífices gastó los esfuerzos de su elevado genio en sus luchas con Enrique IV, y el segundo armó algunos osados marinos de Pisa, Génova y otras diversas ciudades italianas, que si bien llevaron á cabo atrevidas empresas, solo consiguieron prevenir á los infieles y hacer mas dura la servidumbre de los cristianos en la Siria.

Por aquellos tiempos un simple ermitaño, que habia buscado primero satisfacciones para su espíritu turbulento en el estrépito de las armas, despues en el mundo, y por último en la soledad, cumpliendo las necesidades de su alma, ávida siempre de emociones, y siguiendo el espíritu de la época, que empujaba á los cristianos hácia el Oriente, visitó los Santos Lugares.

A la vista del Calvario y del sepulcro de Jesucristo se sobrecitó su imaginacion, gimiendo de dolor al contemplar los padecimientos de sus hermanos

Pedro y el Patriarca. ~~Lograron juntos~~ las desgracias de Sion. El postrero dió á aquel cartas, en que imploraba socorros del Papa y de los Príncipes cristianos, y el primero

desde la Palestina se dirigió á Italia y con su imaginación meridional pintó á Urbano II lo que habia visto y lo que habia sentido en la Ciudad Santa.

Desde allí el Ermitaño recorrió la Europa comunicando de ciudad en ciudad y de provincia en provincia su santo celo por librar á la Palestina del yugo de sus opresores.

Así fué que al concilio de Plasencia, en que nada se decidió definitivamente, asistió innumerable muchedumbre de fieles; y luego en el de Claramonte fué acogida con lágrimas la elocuencia de Pedro el Ermitaño, retumbando el DIOS LO QUIERE como un inmenso trueno en Claramonte, tomando la muchedumbre de manos de la Iglesia el estandarte de la libertad cristiana, y poniendo sobre sus vestidos la enseña de la humanidad rescatada, para luchar con aquella nación que del Este del Asia habia llegado á dar nuevo aliento á los debilitados secuaces del Profeta, haciendo que el Oriente renovara sus amenazas.

Nosotros creemos que para fijar el espíritu y los hechos generales determinantes de las Cruzadas, de esa nueva manifestación de la perpétua lucha entre el Oriente y el Occidente, de las razas Semítica y Jafética seria preciso acudir al exámen del estado de la sociedad antes de verificarse esas célebres expediciones, seguir las paso á paso hasta su fin, y por último estudiar la sociedad en sus dos extremos y contemplar el estado de la Europa cuando ellas terminaron. Encontrando entonces nuevas instituciones, hallaremos en ellas el remedio de males sociales que curaron, é induciremos sus causas determinantes.

Notaremos sin embargo el espectáculo de aquella multitud, que habiendo creído un siglo antes en la destrucción del mundo, creía entonces en la redención universal; de aquel inmenso pueblo convocado y consultado, que no marcha ciego y esclavo á los mandatos de un emperador ó de un señor feudal; que se alza ante la voz de un pobre ermitaño, ante las súplicas y las promesas de un anciano

sacerdote, impulsado por su fe y por su entusiasmo religioso.

II.

Aunque la mejor manera de apreciar las expediciones de que nos ocupamos seria esponer los hechos narrándolos, presentando en detalle el espectáculo de las grandezas y de las miserias, del heroismo y de las rivalidades de los cruzados, no nos permite semejante trabajo la índole de este discurso, que nos debe llevar muy en breve al fin del tema elegido.

Sin embargo, no podemos renunciar por completo á decir algo acerca de cada una de las expediciones hechas por los europeos á Ultramar.

La primera Cruzada, en medio de los inconvenientes opuestos por la política griega, colocó frente á frente dos pueblos enemigos y dos religiones, lo que como no podia menos de suceder, produjo una guerra de esterminio, trasladando á Oriente mas de un millon de hombres.

El grande movimiento ocasionado por esta empresa al comenzar el siglo onceno, heló de espanto á los sectarios del Islam, prontos ya á invadir á la Europa desde el Asia anterior y la Siria, alumbrando la historia de estos tiempos con el brillo de inauditas hazañas, de inolvidables proezas.

Los Cruzados se colocaron entre Constantinopla y las naciones musulmanas, salvando asi á la capital del imperio griego, y aislando á la barbarie en el Asia. A la vez, se mejoró la situacion de los pueblos cristianos, pues que con la *trégua de Dios* cesaron en Europa las guerras entre particulares. Al rencor, á la anarquía feudal, sucedió la unidad, fundiéndose todos los rencores en el comun odio á los ene-

migos del Cristianismo : pusiéronse en contacto dos sociedades que no se conocian, en lo que ganaron especialmente el comercio y el arte de navegar : mejorados algunos señores feudales con el alejamiento de sus dominios , volvieron cambiados á Europa estableciendo en sus estados un régimen mas expansivo : otros encontraron la muerte ó la ruina en la Tierra Santa , acrecentando con ello la fuerza y la independencia de la autoridad real. Pero las ciencias bien poco adelantaron , porque como no podia menos de suceder, el primer encuentro del Cristianismo y del Islamismo no debia producir mas que ideas de esterminio.

En la segunda Cruzada , escitados intereses mundanos con las grandezas obtenidas por los héroes de la primera, apenas hallaremos mas que desastres, volviéndose todo contra los expedicionarios. Hasta los mismos motivos de religion que les vedaron tomar venganza de la política *griega* fueron causa de su ruina.

La indisciplina propia del feudalismo, acrecentada por las rivalidades y por la sed de riquezas ; la disolucion que llevó á las filas de los Cruzados el excesivo número de mujeres que los habian acompañado ; la sobrada confianza del heróico Luis VII ; la vanidad y el escaso talento del emperador Conrado , produjeron la ruina de esta empresa en que sobresale el melancólico dolor del gran San Bernardo , que la habia predicado contra los presentimientos del abad Sugerio. El de Clarabal piensa en medio de la responsabilidad de tan desastroso éxito , que el universo ha sido prematuramente juzgado , que el Creador del mundo se ha despojado de sus misericordias.

La tercera Cruzada comienza con una inmensa catástrofe en la Cilicia campestre , cuando el Cydno , en cuyas aguas estuvo á punto de encontrar la muerte Alejandro el Grande, arrojó ante los consternados soldados de la Cruz el cadáver de Federico Barbarroja , cuyo nombre y cuyas primeras hazañas habian espantado al Asia. Posteriormente esta em-

presa se reasume en el heróico valor de Ricardo; en la nobleza y generosidad de Saladino, bien pocas veces desmentida; en la conquista de Tolemaida; en la ruina de Ascalon; y en la fundacion del reino de Chipre.

Ya sin embargo no era la devocion la que impulsaba al Occidente contra el Oriente, ni se acudia á las apariciones milagrosas que en las expediciones anteriores reanimaban el valor de los Cruzados, impulsados ahora por los sentimientos de la Caballería, que llegó entonces á su mayor apojeo: estableciéronse severas penas contra los ladrones, contra las injurias; vedáronse el lujo y los juegos de azar, y durante el prolongado cerco de San Juan de Acre se desarrolló el ingenio de sitiadores y sitiados, haciéndose grandes adelantos en el arte del ataque y de la defensa; pero prohibida la participacion en la santa empresa á los vagamundos y á los delincuentes, compuesto el ejército de gente escogida, la Europa derramó su sangre mas generosa.

Mas adelante, en la cuarta Cruzada, en vez de aprovecharse los cristianos del desórden producido entre sus contrarios por la muerte de Saladino, vemos que á la voz del mismo Pontífice, que habia empujado á la tierra santa á Federico I, á Ricardo Corazon de Leon y á Felipe Augusto, marcharon á Oriente dos ejércitos á las órdenes de los Duques de Sajonia y de Brabante, del Obispo de Maguncia y del Conde del Limbourg, y que despues emprendió el camino de Oriente el emperador Enrique VI. Pero los primeros á su llegada encontraron oposicion á la guerra por parte de los cristianos establecidos en Siria, que querian fuese respetada la tregua; y el emperador se aprovechó de todos los medios que la cristiandad habia puesto en sus manos, para promover una lucha impía en Nápoles y en Sicilia; viéndose entonces el extraño espectáculo de una Cruzada dirigida por un príncipe excomulgado, y á los soldados de la Cruz vencedores huyendo de sus enemigos vencidos.

En las precedentes empresas dominaba el sentimiento religioso sobre el político; en la cuarta Cruzada, las miras políticas se sobreponen á las religiosas. El emperador ofrecia dinero á todo el que le siguiese hasta el fin de la guerra; por eso vemos estrellarse todos los esfuerzos del imperio germánico contra un despreciable fuerte situado en el Líbano, á pocas millas de Tiro, y á los vencidos de Thoron en el campo cristiano, para entregar la fortaleza pidiendo solo la libertad y la vida, volviéndose sin hallar con quien entenderse entre sus enemigos, que no habian vacilado en presentar ante los infieles el estraño espectáculo de sus miserias.

La quinta Cruzada venga á los latinos de la perfidia bizantina. Pasma, en verdad, ver al pequeño ejército de los cristianos marchando contra un pais, en el que realmente con nadie contaban, que les podia oponer innumerables defensores, y que llevan á cabo asombrosas hazañas, plantando sus estandartes en los muros de Bizancio, que es entregada á todos los horrores de la guerra.

Pero esta empresa se realizó á pesar de las protestas de los legados y del anatema del Papa, quien, contra su voluntad, transigió al cabo con el éxito de la guerra, comprendiendo que la ciudad de Constantino, en vez de facilitar el paso para los Santos lugares, era un nuevo obstáculo al espíritu decadente de las Cruzadas que en vano luchaba en Siria y en tantos paises contra los enemigos del Cristianismo; que se añadia un punto de atencion, con el imperio nuevamente fundado en el Bósforo de Tracia.

Mientras el resto de los Cruzados, en el saco de Constantinopla, vengaba la falsía de los orientales con la destruccion de las maravillas del arte antiguo; cuando á las escenas de desolacion y de sangre, se sucedian hasta las burlas mas refinadas; cuando los Cruzados recorrian las calles, llevando en vez de sus armas papel y recado de escribir, mofándose de los degenerados griegos, á quienes escarnecian llamándolos nacion de copiantes y de es-

cribientes, los venecianos, únicos que sacaron fruto de esta expedición, enriquecían á su patria con las obras maestras del arte, y estendiendo su crédito, libres del feudalismo, conservaban cuidadosamente los países interesantes á su comercio y á su futura grandeza. Pero el esplendor de la Reina del Adriático, y el efímero imperio latino, y la dominación de los Cruzados en la Grecia, ¿compensan el sacrificio, hecho por el resto de Europa, de sus tesoros y de sus mas esforzados hijos?

¿Cómo esplicaremos estos sucesos en la marcha de la humanidad?

A quien no se alcance la razon de estos acontecimientos, la efímera duracion del imperio latino en Constantinopla, que fuertemente constituido habria facilitado, sin duda, el viaje á la Tierra Santa, le afirmaremos que, tan solo como elocuente respuesta á los exclusivos admiradores de la cultura romana, sobrevivió por acaso el imperio de Bizancio en la inmensa catástrofe del mundo antiguo. Con efecto; bajo la dominacion de los degenerados emperadores de Oriente, en religion habíase llegado á las disputas teológicas y al cisma; en artes á la imitacion, en ciencias á las compilaciones y á la forma, siendo el fondo del cuadro de esa cultura degenerada la deslealtad, la proverbial perfidia de los bizantinos. Hubo un dia en que convino á las miras del Omnipotente que todo terminara, y la fortuna siguió por donde quiera á los estandartes de los latinos que ondearon con general asombro sobre las torres de Bizancio: pero muy en breve la providencia, en sus inescrutables arcanos, hizo pedazos los instrumentos de su justicia. Así nos esplicamos nosotros los prodigios de los Cruzados en el imperio griego, y así no nos maravilla la efímera dominacion latina en Constantinopla.

Abatido el Occidente con tantos desastres, multiplicada y dividida la atencion de los soldados de Jesucristo, el espíritu de la primera Cruzada pasó á los niños, que mar-

charon hácia el Oriente, para no encontrar mas que la muerte ó la esclavitud.

Cuando el gran Pontífice Inocencio III intentaba reanimar la cristiandad con sus incansables predicaciones, le sorprendió la muerte y entró á sucederle Honorio, cuyo primer pensamiento fué para la cautiva Sion, para escitar y promover la sexta Cruzada; empero sin resultado. Andrés II se volvió muy en breve á sus estados de Hungría, y la toma de Damietta y el heróico valor de los occidentales, en quienes se renovaba la antigua fe, quedaron impotentes ante el canal de Aschmon y las inundaciones del Nilo.

Posteriormente, Federico II emprendió el camino de Jerusalem, que abandonó bien pronto, renovándose entonces el tristísimo espectáculo de una guerra entre la Santa Sede y el jefe del imperio; salvándose milagrosamente las colonias cristianas por la lucha entre los descendientes de Saladino y de Malek Adel.

Despues asombróse de indignacion el mundo cristiano cuando Federico se apoderó de la Ciudad Santa, dejando el culto del Islam frente al sepulcro del Salvador; conducta que habian adivinado los fieles cuando, á pesar de las brillantes promesas del emperador, el pueblo, desconfiado y triste, escuchaba en silencio al príncipe excomulgado, á quien seguian á lo lejos los heróicos soldados del Temple y de San Juan.

De aquí en adelante apenas veremos mas que discor- dias; y al mismo Pontífice Gregorio, empleando muy distinto lenguaje que Inocencio III, lenguaje que hizo vacilar á los espedicionarios entre Jerusalem y Bizancio.

Esta Cruzada, que duró casi treinta años, y que vió sucederse cuatro Pontificados, no hizo mas que poner de manifiesto la degradacion del primitivo espíritu religioso y las exageradas pretensiones de los dos poderes que entonces pretendian el esclusivo dominio en la cristiandad. Además, divididos los soldados de la Cruz, y á la vez en lucha con

los musulmanes en el Asia y en España; en Francia, contra los Albigenses; en Prusia, contra los idólatras; en Alemania, contra el imperio; sus esfuerzos no podían ser decisivos, viniendo, por tanto, á caer en el abandono, las empresas á Ultramar.

De aquí en adelante, un rey modelo de justicia, de sencillez, de resignacion y de nobleza, despierta el interés de las Cruzadas, que alumbra con los tranquilos resplandores de su diadema de santo.

Al comenzar la centuria décima tercera, desde la mesa central del Asia que rodea la triple cadena del Altay, del Himalaya y de los montes de la China, los Tártaros Mогоles atravesaron el Volga esparciéndose como un torrente devastador y destruyendo los países bañados por el Vístula y el Danubio, sembraron el espanto en Italia y en Alemania.

En vano se quiso oponer contra esta invasion una Cruzada; en vano se enviaron embajadores á aquellas bárbaras tribus; en vano se ensayó cerca de ellas la pacífica predicacion de los hijos de San Francisco y de Santo Domingo: á pesar del comun peligro, nadie salió al encuentro de los invasores, y la Iglesia no pudo hacer mas que añadir una deprecacion en las letanías.

Cuando aquellos pueblos conquistaron los países fundados sobre las ruinas de los Seldjiucidas entre el Oxo y el Caspio desde el Korassan hasta el territorio de los Turcomanos, los restos de los Carismitas se esparcieron por el Asia y la Siria, y llamados por el sultan del Cairo, Jerusalem fué presa de estos feroces conquistadores, que esterminaron al pueblo fiel.

Tantas desgracias, sin embargo, no hallaron eco en Europa, ni el Concilio de Lyon hubiera tenido acaso mas resultados que dar una nueva faz á la lucha entre el Sacerdocio y el Imperio: el espantado Occidente habria olvidado á los Cristianos de la Palestina si Luis IX, no se

hubiera puesto á la cabeza de la sétima Cruzada proclamada por la Iglesia.

Pero despues de las victorias conseguidas sobre los musulmanes; tras la toma de Damietta, los triunfos alcanzados en Mansourah debilitaron mas y mas á los Cristianos diezmados por el hambre y las enfermedades, terminando con la cautividad de San Luis: con un inmenso desastre ante la asombrada Europa, que todo lo esperaba de los primeros felicísimos sucesos de esta espedicion.

En ninguna Cruzada se habian tomado medidas mas á propósito para asegurar el buen resultado, y en ninguna acontecieron mas desastres: ningun príncipe cristiano fué tan reverenciado de los suyos como San Luis, pero en ninguna de las empresas á Ultramar se vieron tantos escándalos; en ninguna subió la corrupcion á tan alto grado como en el campamento de Damietta. ¡A tal extremo habia llegado entonces la degradacion del espíritu de los soldados de la Cruz!

Si esta espedicion hubiese sido coronada por el éxito, el Egipto se habria convertido en una colonia cristiana, pues que el Santo Rey llevaba consigo gran multitud de artesanos y de labradores, con los que acometió en bien de la religion, aunque sin ruido ni aparato, la misma empresa que nuestros padres han visto ensayar en las orillas del Nilo, pero intentándolo aquel en nombre del Cristianismo, que era la política de los tiempos de San Luis. Y sin embargo de tamañas desventuras, que la Francia supo sufrir sola, esta nacion se libró entonces de figurar en las guerras del Sacerdocio y el Imperio; y San Luis volvió engrandecido del Egipto, purificado por la desgracia, consagrándose á la prosperidad de su pueblo, que hizo causa comun con las ~~heroicas desdichas~~ ^{heroicas desdichas} del piadoso Rey.

De aquí en adelante la historia de los Cristianos en Oriente no es mas que la narracion de continuados desastres. Las relaciones de los Cruzados se concretaron á las

empeñadas guerras entre venecianos, pisanos y genoveses, que habian llevado á la Tierra Santa sus enemistades y sus celos: á las luchas entre los caballeros del Temple y los hospitalarios, que renovaron con mas ardor que nunca sus rivalidades.

Nazaret, Cesarea, Jaffa y Antioquía cayeron en poder del feroz Bibars. El espíritu de los cristianos en las primeras Cruzadas habia pasado ya á los musulmanes; en todas las mezquitas predicábase la guerra contra los cristianos; los pueblos infieles pagaban el tributo del diezmo, apellidado *tributo de Dios*.

El imperio latino acabó en medio de una breve existencia que se reasume en la historia de su agonía. Para mostrarnos á cuán profunda degradacion habia llegado aquel estado de cosas, solo sabemos de la postrera escena de este misterioso drama, que los griegos se apoderaron de Bizancio, entrando por una cloaca en la ciudad de Constantino.

Otra vez vióse en Occidente al Emperador griego demandando el amparo de los Cruzados, al mismo tiempo que el Arzobispo de Tiro y los Grandes Maestres de las Órdenes pedian socorros para la Tierra Santa.

Sin embargo, la Europa permanecia sorda á estos clamores, porque cerradas las puertas de Sion á los cristianos, habian cesado las peregrinaciones, y con ellas el entusiasmo por las guerras santas que eran su consecuencia. Pedro el Ermitaño no podia ya comunicar al Occidente las emociones que habia sentido ante el profanado sepulcro del Salvador, y por otra parte el nombre de las Cruzadas se habia desprestigiado dándoselo á miserables empresas políticas.

Solo un Monarca existia en Europa empeñado nuevamente en la causa cristiana: pero en la octava cruzada San Luis tuvo que comprometerse á pagar los gastos de la guerra, tomando á sueldo los espedicionarios.

Hízose, pues, el último esfuerzo, concurriendo á esta empresa gran número de guerreros de Cataluña y Aragon, de Castilla y Portugal, de los pueblos todos de nuestra Península que, lo mismo en las primeras que en la postrera expedicion, habian derramado en Oriente su noble sangre, á pesar de la heróica y larga Cruzada que tenia lugar en su propia tierra, hasta el punto de que los Pontífices en distintas ocasiones se vieron obligados á mandarles volver á la Península, donde obtendrian los mismos perdones y gracias concedidas á los demas Cruzados, sin que ninguno osara infamar ó calumniar á los que por tales motivos abandonasen la Tierra Santa.

La expedicion de Luis IX se dirigió contra los paises donde floreció Cartago, la célebre rival de Roma.

Pero la ardiente Libia, enemiga siempre de los pueblos europeos, opuso al valor heróico de los Cruzados los rigores de su abrasado clima y sus fiebres contagiosas que diezmaron las tropas de San Luis; el cual, en vez de los laureles del conquistador alcanzó en Africa la santa palma del mártir.

Al espirar aquel cristiano Monarca, velóse el ángel de las Cruzadas, elevándose al cielo con el alma purísima del hijo de Doña Blanca de Castilla, astro que alumbra con sus santos y tranquilos resplandores los últimos tiempos de la edad media.

Al juzgar esta tritísima Cruzada, no olvidemos nosotros, los que pretendemos llevar á todas partes la civilizacion, que si se hubieran realizado los deseos de San Luis, habrian retoñado en la Libia los gérmenes del Evangelio, y el Africa bárbara hubiera vuelto á florecer al impulso de la misma religion, que produjo á Tertuliano y á San Cipriano y á San Agustín.

Despues de esto todo fué infecundo. Inútiles fueron los esfuerzos del hijo de Enrique III y los del mismo Tibaldo, Pontífice con el nombre de Gregorio X, que al

recibir la noticia de su elevacion habia dicho á los cristianos de Siria aquellas palabras de David: «Si yo te olvidó, Jerusalen, séquese mi mano derecha; si tu memoria se borra de mi corazon, péguese mi lengua al paladar;» todo fué infecundo. Trípoli, Tolemaida, Sidon, Beyrut, las ciudades cristianas de las costas de la Siria, vieron tremolar sobre sus muros el estandarte del Profeta, y sus pobladores degollados ó conducidos entre cadenas á Egipto.

La Europa en tanto solo respondia á tales desastres con la estéril palpitacion de su dolor y de su impotente simpatía.

Como mas adelante contestaba con razon Pomponne á los sublimes delirios de Leibnitz cuando en el Occidente habia sustituido la opinion al sentimiento, *sabed que las guerras santas han dejado de estar de moda desde San Luis!.....*

Con efecto, siguiendo el curso de estas expediciones, hemos visto sustituirse en ellas, por una gradacion bien sensible, el elemento político al elemento religioso, y acabar todas en la octava Cruzada como una luz que al estinguirse lanza sus mas brillantes resplandores. Asi es que entre Godofredo y San Luis hay mas de un punto de semejanza; ambos héroes se parecen; pero en el espíritu de las tropas cristianas que los dos dirigian existe casi el parecido que hay entre un jóven en toda su pujanza, y un sér que ya ha pasado de la edad viril.

III.

Aun cuando es varia en cada nacion de Europa la influencia de las Cruzadas y distintos sus resultados, ni una sola de ellas dejó de sentir la saludable influencia de las expediciones á Ultramar. Sin embargo brilla el heroismo de

la nacion inglesa en el caballeresco Ricardo: las guerras santas hicieron una misma cosa de la nacion francesa y de sus reyes, destruyendo el feudalismo: en medio de los desórdenes y de los trastornos que asolaban la Alemania durante las Cruzadas, es muy dificil determinar la influencia que estas tuvieron en el imperio germánico; pero la confederacion aprovechó seguramente el ejemplo yendo á combatir el paganismo en las riberas del Vístula, del Pregel y del Niemen: las ventajas alcanzadas por Italia se trazan en el maravilloso cuadro que entonces presentaron con sus naves, con su comercio, con sus colonias, Pisa, Génova, Venecia: Nápoles y Sicilia, en medio de sus desgracias, recibieron reyes de Aragon, de Alemania, de Francia y de Hungría y con ellos otros hábitos y otras costumbres: España, que era entonces la Siria de los Musulmanes, pudo continuar la guerra contra los infieles, pues que las Cruzadas detuvieron á los Sarracenos de Egipto y de Siria, de la misma manera que nuestras guerras con los moros dieron respiro á los cristianos de Occidente para que pudieran pasar los mares; ¡heróico destino concedido siempre á nuestra patria, colocada como el escudo de Europa, destino que cumplió entonces como cuando el Gran Capitan de nuestro siglo amenazaba en todas partes á las espantadas naciones! Al emprender sus expediciones muchos Cruzados se detuvieron en nuestro país para pelear contra los enemigos del nombre cristiano; ellas produjeron las órdenes de Caballería, hundieron á los contrarios de la Cruz en las Navas de Tolosa y crearon el reino de Portugal.

Mas viniendo ya á otras consideraciones, nosotros no podemos creer que el Sumo Pontífice y el Clero se engrandecieron con estas guerras aumentando sus riquezas y su influencia, pues, especialmente despues de la primera Cruzada, cundió entre los cristianos la opinion de que las expediciones emprendidas por la gloria de Jesucristo y por

la libertad de los Santos Lugares debian ser pagadas por el Clero, que desde luego vió pesar sobre él impuestos enormes. Ni las pretensiones de la Santa Sede crecieron con las guerras santas, ni su influencia en Europa ganó con las Cruzadas: en cuanto á las primeras nos contentaremos con decir, que el gran Gregorio VII floreció antes de las expediciones á Ultramar, y en cuanto al segundo extremo afirmaremos sin riesgo de ser desmentidos, que los Soberanos Pontífices, á pesar de sus esfuerzos, no pudieron en los últimos tiempos resucitar el espíritu de las Cruzadas, cuya iniciativa no habia sido comunicada á Europa por los Papas, sino por la voz de los peregrinos que habian exaltado la indignacion general con la relacion de sus sufrimientos en el Oriente.

De otras causas, ciertamente procedia, que la Cabeza de la Iglesia fuese el vínculo de union, la autoridad preponderante en los pueblos cristianos, hecho ciertamente anterior á las Cruzadas; siendo tambien muy digno de tenerse en cuenta, que al terminarse estas, la autoridad pontificia habia dejado de ser árbitra del destino de los pueblos y de los reyes.

Y descendiendo ya á otras reflexiones, ¡con cuánto placer no oiria el siervo ligado á la propiedad, la voz nueva y estraña que le llamaba á libertar á *su Dios* sin que pudiera oponerse su dueño, y veria caer las cercas feudales que formaban su único horizonte, y se hallaria hospedado con amor en el castillo del magnate, y atravesaria libremente el desfiladero, y salvaria el puente guardado ayer por el guerrero que exigia tributos al pobre viandante! ¡Cuán consoladora debia ser para él la voz de los caballeros hospitalarios que llamaban á los enfermos *Señores nuestros*, y con qué melancólica y sublime estrañeza no veria el leproso al gran Maestro de San Lázaro besando humildemente sus asquerosas heridas!

A su vuelta de la Tierra Santa, el villano regenerado,

que tambien tenia su historia lejos del estrecho dominio señorial, que se sentia elevado y nacido á una nueva vida, ¡con cuánta animacion referiria á su asombrada familia los prodigios de la Palestina, sus penalidades por Jesu-
cristo, el último adios de sus hermanos moribundos, sus emociones en Nazaret y en el Calvario, con que heroismo libró en hombros á su Señor á través de los desiertos de la Siria ó de los desfiladeros de la Cilicia! ¡Oh! Ciertamente que entonces brotaria el orgullo, ó mas bien un sentimiento de dignidad desconocido en todos los corazones, y al levantar los ojos hácia el cruzado, la familia veria en su gefe un poco mas que al hombre nacido únicamente para regar con su sudor el campo ajeno. Entonces germinó entre todos, como dice Cantú, la idea de que los villanos eran tambien hombres y que podian ir y venir de una á otra parte y tomar esposa á su gusto y disponer del fruto de su trabajo.

Las expediciones á Ultramar multiplicaron las relaciones humanas, acercaron pueblos distantes y que no se conocian, estrecharon los lazos de amistad, y redoblaron la actividad y la noble emulacion de los hombres. ¡Cuánto ganó la geografía con estas expediciones! Rectificáronse los conocimientos prácticos que á la vez se aumentaron y se propagaron; determinóse la figura de las costas, la posicion de los cabos, la estension de las islas; fijáronse los escollos y los puertos, haciéndose los viajes mas fáciles y menos frecuentes los naufragios. La construccion naval cambió de rumbo en la forma y en la solidez, y la emulacion consiguiente á tantos pueblos unidos en una misma expedicion comun, mejoró el arte de arbolar los buques. Abiertas nuevas vias al comercio y aseguradas las antiguas, aquel tomó un vuelo desconocido. A la vista de los tejidos de Damasco, establécense multitud de telares en Sicilia, en Luca, en Módena, en Milan: imítanse en Venecia los vidrios de Tiro, y estiéndense por Europa los molinos de viento, tan usados en el Asia

Menor; perfeccionase la industria de bruñir el acero; el esmalte, los grabados, la orfebrería y el arte del platero cobran mayor importancia.

Los Cruzados vén en Italia y en la Grecia los restos de la civilizacion antigua, importando á Europa nuevos gérmenes de cultura; los latinos toman de los árabes desconocidas ideas para la filosofía, para los romances, para la novela: el arte de curar, si no adquirió nuevos sistemas, importó medicamentos que enriquecieron la farmacópea; introdujose entonces el uso de los guarismos árabes; cultivóse, con provecho, la astronomía con las ideas nuevas que adquirieron los Cruzados en el Asia, en las vastas llanuras cuna de esa ciencia; aclimatáronse la caña de azúcar, la morera, no pocas plantas tintoreas, hermosas flores y sabrosas frutas.

Mejoróse el arte de la guerra, adquirió superioridad la infantería sobre la caballería en daño del poder feudal, no se confió ya á la casualidad el aprovisionamiento de un ejército, su trasporte á través de paises áridos y enemigos, y con el ejemplo de las máquinas incendiarias empleadas por sus contrarios, los Cruzados aceleraron el descubrimiento ó el uso de la pólvora, preparando así el triunfo de la táctica sobre el ímpetu ciego de las muchedumbres, del arte sobre la fuerza.

Pasma ciertamente, que los mismos que leen sin conmoverse mas que de entusiasmo por lo pasado, las escenas de sangre, la desolacion y la matanza en las guerras médicas, en las ambiciosas luchas de los romanos, en las expediciones del gran conquistador de nuestros tiempos, sin tener mas que palabras de admiracion para Alejandro, Julio César y Napoleon, pesen conmovidos la sangre derramada por los occidentales en esa grande empresa del Cristianismo, empresa en la que solo les animaba el deseo de propagar la luz del Evangelio á quien tanto debe la causa de la civilizacion y del progreso humano, sin que les arredrase la segura idea de blanquear con sus huesos los caminos

que conducian al Asia y al Africa, presas de la barbarie.

Por otra parte, es preciso confesar, que en los horrores de las Cruzadas hay tambien su gran parte de exageracion. Muchas veces los escritores cristianos ó los predicadores, para esplicarse el éxito contrario de las empresas de la Cruz, acudian á la desmoralizacion de los fieles, á su falta de fe, á su crueldad, á sus estrañas locuras que escitaban la cólera del Señor; encargándose entonces la sátira ó la indignacion religiosa de buscar colores, cada vez mas sombríos, para trazar el cuadro de las abominaciones de los Cruzados, *que habian llenado la medida de la cólera del Omnipotente, haciendo que Dios juzgase al universo antes de tiempo, á pesar de su infinita misericordia.*

Es estraño, ciertamente, que esos mismos que en las tradiciones del politeismo quieren hallar siempre un sentido simbólico y civilizador, que se empeñan en ver perpétuamente en la fábula el mitho, esplicándolo todo históricamente; que los mismos que acaso no escarnecen los prodigios de Tito Livio y de Polibio, se mofen de los milagros de las Cruzadas, de esa fe exuberante que inspiró tanta resignacion en medio de tantos desastres, que suavizó la ferocidad feudal, que hizo á los cronistas emplear la voz latina *familia* para designar una reunion de Cruzados; que no sienten una admiracion profunda al tocar los efectos del encuentro de la *Santa Lanza* en el ejército cristiano, hambriento, desesperado, cercado por todas partes de enemigos, y que, sin embargo, á la sola vista del hierro sagrado, arrolla y aniquila á la multitud innumerable de los infieles.

Las Cruzadas no se completaron, y por lo mismo no pueden juzgarse en absoluto; pero es incuestionable que sin las expediciones á Ultramar, la idea del individualismo que habia introducido ^{UVA. BHSC. LEG:09-1 n°0763} en el mundo romano el elemento germánico, no habria producido tan pronto sus frutos; que aquellas empresas, esencialmente sociabilizadoras, juntaron sin confundir la individualidad de las personas y de los

pueblos sustituyendo á la antigua concentracion de la patria romana, la patria cristiana, el vínculo libre y expansivo de la civilizacion Europea.

Preciso es tambien no olvidar que, apoderados de Bizancio los guerreros de la Cruz, se pusieron en contacto con la antigua cultura, que retardaron el momento de la caida de Constantinopla en poder de los bárbaros, preparándose dignamente para recoger mas adelante los restos del clasicismo refugiados en la ciudad de Constantinopla.

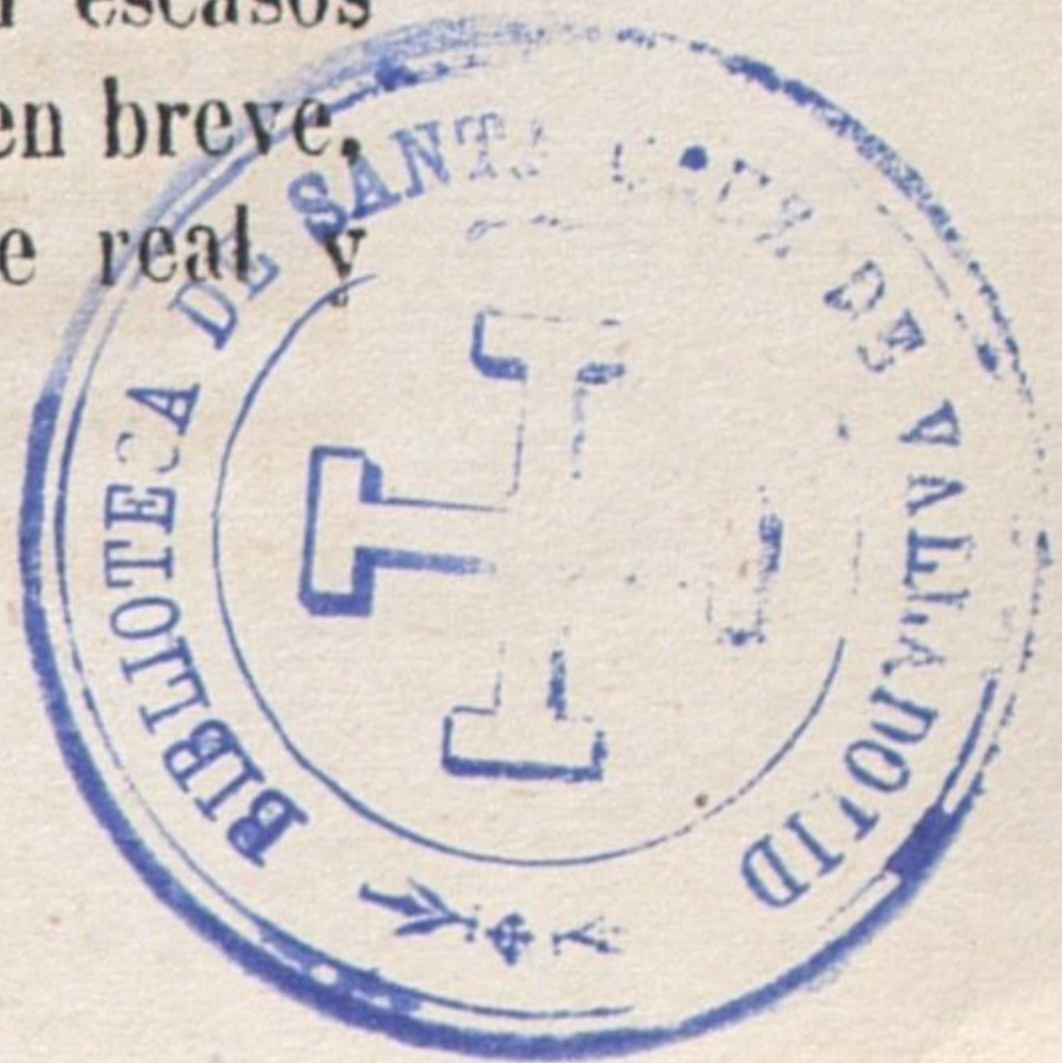
Los que miran las Cruzadas como un gran crimen, niegan á los pueblos el derecho de la defensa, que es tambien el derecho de la agresion: ¿pues qué no tenian las naciones europeas el poder, el derecho y la obligacion de rechazar á sus enemigos que lo destruian todo, amenazándolas desde el Este y desde el Sur?

Sin las Cruzadas que llevaron la guerra á las orillas del Nilo y del Jordan, ¿quién hubiera detenido á los árabes en España, á los sectarios de Mahoma que habian mojado sus piés en *nuestro mar*, que dominaban en las costas de la Siria y del Asia anterior, que traspasaban el Hemus, que á pesar de aquellas expediciones dominaron mas adelante en la Grecia?

¡ Oh! sin las Cruzadas, los nacientes pueblos europeos, reunidos y fortificados al grito de *Dios lo quiere*, hubieran sido sorprendidos en el aislamiento del feudalismo, en medio del individualismo germánico, y los grandes centros de la cultura moderna sufririan hoy la misma suerte que las comarcas del Africa y del Asia bajo la religion de la fuerza y de la esclavitud, que solo puede preparar al hombre para la invasion y para la conquista, con escasos intervalos de una cultura que aparece para morir en breve cultura en que hay mas de deslumbrador que de real y verdadero.

Madrid, Mayo de 1860.

M. DE GÓNGORA.



...la cultura... y...
...la cultura... y...

...la cultura... y...
...la cultura... y...

...la cultura... y...
...la cultura... y...

...la cultura... y...
...la cultura... y...

...la cultura... y...
...la cultura... y...

...la cultura... y...
...la cultura... y...

UVA. BHSC. LEG.09-1 n°0763



...la cultura... y...

UVA. BHSC. LEG.09-1 n°0763

Meyor Pal. G. 70

Ambrage

Calle

Arca

Manlino

Arca
G. 70
G. 70
Compassion G. 70

Principio

Calle de

Alba
Arca
Arca

UVA. BHSC. LEG.09-1 n°0763



UVA. BHSC. LEG.09-1 n°0763

UVA. BHSC. LEG.09-1 n°0763